
(Sin título) de José Fernando

En recuerdo al marqués de Sade

Scott caminaba presuroso por las calles de Greenwich Village. Eran más de las once de la noche y llegaba tarde. Además de caminar con premura, Scott intentaba hacerlo por las zonas menos iluminadas; algo difícil de conseguir, pues los neones de los bares de ambiente que salpican el Village hacían relucir los ajustados pantalones de cuero negro. Y qué decir de las botas de oficial que le había prestado Jamie... Le había conocido en su primer año en la Universidad de NY, en un taller de literatura, y desde el primer momento "conectaron". En realidad, Jamie se dio cuenta de las sutiles afectaciones de Scott, y como era lo suficientemente atractivo decidió entablar conversación con él. Y aquí estaba, tres meses después, con unos pantalones de cuero, botas y una americana que ocultaba los complejos arneses de cuero y tachuelas que llevaba alrededor del torso. Un par de jóvenes demasiado afeminados le dijeron algo, pero tenía prisa. Se moriría si tenía que pasar solo al antro al que iban. Recordaba el rostro excitado de Jamie, la saliva que se acumulaba en la comisura de sus labios mientras le contaba su "excursión". "Oh, Scott, es increíble, es algo que nunca has visto antes. Es... Tienes que verlo". Y eso iba a hacer. Como hizo tres meses antes, entrando al primer bar gay de su vida, atribulado y fuertemente agarrado a la mano de Jamie. "No tan fuerte, Scott, es la mano buena." Le dijo en esa ocasión, haciéndole un guiño. O hace un mes, cuando entraron en un cuarto oscuro. De expedición únicamente, pues Jamie dejó claro que eran amigos, que la noche que lo hicieron fue para poder tener una amistad más sincera. Y Scott tuvo que aceptarlo, como hoy aceptaba entrar a un club sadomaso, mixto eso sí, vestido para carnaval, o para el "gay pride day", y arriesgarse a que le encadenasen, le fustigasen o cualquier cosa peor... Por fin llegó a la dirección que le dio Jamie, algo alejado del cogollo de bares, pero dentro de la "zona rosa". Era bastante discreto, si no supiera a lo que iba no se hubiera percatado de su existencia. Un cartel minimalista lucía el nombre del local, Salò. Un evidente y discutiblemente aceptable homenaje

a la película póstuma de Pasolini. Jamie no había llegado, o ya había entrado, lo que le produjo ciertos escalofríos. "Si no llega en diez minutos me largo". Pensó, y de manera automática echó mano al bolsillo de la americana, buscando el móvil para ver la hora. Y allí estaba, el mensaje esclarecedor. Pensó en borrarlo directamente, y asegurar a Jamie al día siguiente no haberlo recibido. Pero pudo más su curiosidad, o más bien la sensación de que su inevitable destino era entrar. Y obviamente, Jamie le decía que no iba a esperarle en medio de la calle con las pintas que traía, que entraba y que le buscara. "Prgnt n l brr si n." (f.d.i.: os lo imagináis abreviado en inglés.) No le quedaba más remedio, así que se acercó a la puerta, extrañado de que no hubiera portero. Cuando iba a coger el ¡picaporte! una voz rasposa le detuvo.

- ¡Eh, chico! Son veinte pavos la entrada, y más vale que te quites esa americana.

La voz parecía extraída del frotamiento de cuerdas vocales con un rallador de queso. Provenía de un cubículo muy oscuro a la izquierda de la puerta. No podía identificar a la persona que hablaba.

- Sí señ... emm, sí. Tome. ¿Me guarda la americana?

- Cinco pavos.

Gruñó la voz, mientras una mano llena de anillos y avejentada le quitaba el billete de veinte. Scott asintió y se quitó la americana. Se guardó el dinero que le quedaba, apenas cincuenta dólares más, en un minúsculo bolsillo del pantalón, y le tendió la americana y un billete de cinco. De nuevo la mano le arrebató chaqueta y dinero y volvió a las sombras.

- ¿No me da un resguardo, un ticket o algo?

- No me dejen muchas americanas, ¿sabes? Te recordaré jovencito, tienes un cuerpo bastante bonito.

La voz rasposa intentaba sonar insinuante, pero lo que lograba era sonar aún más aterradora. Scott murmuró un gracias apenas audible y rápidamente abrió la puerta y entró a Salò. No tardó en acostumbrarse a la semioscuridad reinante. En un primer momento distinguió bultos que andaban de un lado para otro, sin más detalles. La luz estaba decididamente proscrita en este club. Después, empezó a diferenciar formas y pudo discernir a los

(Sin título) de José Fernando excéntricos clientes. Todos llevaban alguna variación fetichista y sadomaso como vestimenta. Unos con el clásico cuero y tachuelas, arneses y todo lo que debiera taparse al aire. Mujeres con largos vestidos, maquilladas como vampiresas y actitud altiva y desafiante. Eran dominatrix. Las había que mostraban más generosidad en carnes, y otras más recatadas, si eso podía decirse. Muchas y muchos llevaban a su sumiso personal, de rodillas y con distintos e imaginativos bozales, arneses y collares de pinchos. Eran sus mascotas, estaba claro. Tras acostumbrarse a la semioscuridad, empezó a observar el local. El negro y el metal eran los claros ganadores en la decoración del club. Paredes negras, escaleras y suelo de metal... Cuando subió un poco la mirada vio que colgaban cadenas, y de sus extremos pendían grilletes. No quiso imaginarse para qué tipo de actividades las utilizaban... Scott se sumergió entre la muchedumbre, buscando a Jamie. Era objeto de miradas de distinto signo, de interés, de deseo, de desaprobación... Una mano se deslizó por su espalda, era la de un tipo de unos cuarenta años, gran bigote y vestido con un curioso traje de goma que únicamente tapaba lo que a la gente no le hubiera importado ver. Esbozó una forzada sonrisa y gesticuló un "no, lo siento", pues aunque nadie parecía bailar, una música thecno se imponía estruendosamente sobre cualquier conversación. El tipo se dio la vuelta sin más preámbulo y se perdió en busca de otro amante. Mientras avanzaba posiciones hacia la única zona iluminada, la barra, atisbó unas zonas oscuras a los lados de la sala de donde salían y entraban parejas y grupos de tres o más. Y alguno solo también. Intentó no pensar en lo que harían allí, pero lo que le contó Jamie era demasiado gráfico para olvidarlo, una pregunta se repetía cada vez que pensaba en ello, "¿Con el pie?" Finalmente llegó a la barra, le dio la espalda y empezó a mirar alrededor, intentado ver el rostro de Jamie. Al ver a varios tipos con máscaras y capuchas de cuero, se temió que Jamie se hubiera puesto una. Le sería mucho más difícil reconocerle. Decidió preguntar al barman, un tipo muy musculoso, con un minúsculo tanga de látex y botas de goma por encima de la rodilla. De regalo llevaba una máscara antigás de la segunda guerra mundial.

- Hola, perdona, verás... busco a mi amigo Jamie, me dijo que te preguntara a ti... ¿Le conoces?

Tuvo que decirlo gritando y un par de veces. El barman le miró un instante y luego asintió. Se le acercó hasta ponerse en su oreja y le dijo:

- Sí, le conozco. Me lo hizo pasar bien la otra noche. Le he invitado a la zona V.I.P.

El culturista le señaló a la derecha, entre sombras se podían ver unas puertas metálicas. Se le hizo un vacío en el estómago. No estaba con él, lo sabía, pero aquello era una nueva herida que le causaba. ¿Le había dicho que le acompañase para luego ver como hacía, lo que fuese que hacía, con el tío cachas ése? Empezó a deprimirse, y lo peor de todo era que lo estaba dejando bastante patente.

- Hey oye, ¿no serás su novio, verdad?

Scott negó con la cabeza, si hablaba ahora sería aún más patético.

- Ah, vale... De todas formas sólo fue una noche, y si te ha traído hoy, ¿será por algo no?

Scott empezó a odiar al tipo ese. No necesitaba de su compasión... Con esfuerzo, consiguió decir dignamente:

- ¿Y puedo ir con él? ¿O al menos puedes decirle que estoy aquí?

- Sí claro, se lo dije ayer, y él me preguntó que si aceptaba a uno más. Espera, tengo que abrirte yo. Es un ascensor.

El enmascarado salió de la barra y llevó a Scott ante las puertas. A la derecha había una cerradura, el barman metió una llave y las puertas se abrieron silenciosas.

- Pasa, baja tú solo. Cuando llegues te recibirán.

- ¿Qué hay ahí abajo?- Preguntó Scott, algo temeroso.

- La Cámara de los Placeres. Te gustará.

Scott aceptó sumiso y entró al cubículo del ascensor. Era metálico. Un enrejado y planchas de metal separadas de éste unos centímetros. Pulsó el botón de bajada y se quedó mirando a los cristales de la máscara antigás del barman hasta que las puertas se cerraron.

- Lo siento chico, me parece que a ti no te gustará.

(Sin título) de José Fernando

Dijo, dando media vuelta de regreso a la barra. El ascensor tardó en bajar una eternidad, al menos eso le pareció a Scott. Cuando de pronto el ascensor paró, el joven esperó escuchar el acostumbrado timbre, pero las puertas se abrieron sin más. Dio un par de pasos para salir del ascensor y fue entonces cuando sintió una leve somnolencia. No más que eso, era una torpeza que enlentecía sus movimientos hasta la exasperación. No tuvo tiempo de preocuparse de ello, pues escuchó una voz, una voz que no había escuchado nunca antes. Era femenina sin ninguna duda, pero no era dulce, sino más bien cálida y firme a un tiempo. Cada una de las sílabas eran pronunciadas con una extraña intensidad que afectaba directamente a su mente, provocándole un leve temblor en la espalda y un vago deleite...

- Sal del ascensor muchacho. Te estaba esperando, eres Scott.

No le estaba preguntando, era una afirmación. Scott avanzó con lentitud los pasos siguientes, para encontrarse con la espalda desnuda de una mujer. Destacaba en la parte baja de la espalda un extraño símbolo tatuado, una melena roja, una gorra de cuero, y guantes largos y botas altas del mismo material. No llevaba más prendas, y la vista era simplemente magnífica. - Ya estás aquí, magnífico. Soy Alessandra Castelli, pero llámame Alexx. Acompáñame, te mostraré mi Cámara de los Placeres.- La mujer se dio la vuelta con total naturalidad, mostrándose desnuda ante el joven. Su rostro era simplemente perfecto, la más pura armonía en los rasgos. La impecable perfección de su piel, ligeramente tostada, era general en todo su cuerpo, sin diferencias, totalmente uniforme. Su cuerpo era proporcionado, sin ostentosos senos, demasiado vulgares, ni preso de la delgadez enfermiza de la que hacían gala las maniqués de pasarela. Era la expresión viviente del ideal de belleza femenino clásico. Scott intentó decir algo, expresar su asombro, preguntar dónde estaba... Pero únicamente emitió un leve bisbiseo. La mujer de rasgos perfectos giró su rostro y le miró con los ojos más increíbles que Scott hubiera visto nunca. Tenían trazas de diferentes colores: azul, verde, gris, miel... Todos ellos se combinaban formando un peculiar arco iris jaspeado.

- Scott, no hace falta que te esfuerces. Sé lo que quieres

decir...

Hizo una pausa y mientras caminaban al lento ritmo que imponía la extraña debilidad de Scott, le miró de manera más intensa.

- Gracias, adulador... Estamos varias decenas de metros bajo el nivel de la calle, y sí, Jamie te está esperando. Está en el último de los salones de mi cámara. Así podré mostrártelos todos. Será una exquisita visita guiada.



(Sin título) de José Fernando

Allessandra le explicó que en ese momento se encontraban en la antesala, donde recibía a sus invitados. Al poco llegaron a la primera puerta. Allessandra la abrió sin perceptible esfuerzo, sólo con el leve roce de sus dedos. Y allí pudo ver Scott el primero de los placeres. Era un gran salón circular, al menos de veinte metros de diámetro. En su perímetro se habían horadado pequeñas estancias, y en ellas, sobre camas allí colocadas, se encontraban jovencitas de cuerpos frágiles e incipientes y muchachos de mirada turbia. La corrupción de la juventud, la violencia sobre los púberes. Ése era el primero de los placeres que ofrecía la señora Castelli. Scott evitó las miradas adolescentes, y más aún evitó el mirar allí donde se veían cuerpos entrelazados y se escuchaban gemidos de ambiguo significado.

- No... Scott, no te avergüences de mirar a los ojos del deseo, no dudes en observar aquello que te satisface... No dudes en tomar aquello que te place... Pero Jamie te espera, vamos...

Scott no tuvo más remedio que continuar, no quería, deseaba huir vehementemente, correr hacia el ascensor y salir del sitio infernal a donde Jamie le había arrastrado. Pero no podía, su voluntad, como sus movimientos, era torpe, lenta, casi inexistente... Y estaba Jamie, tenía que encontrarle y sacarle de este lugar de pesadilla. Al igual que la anterior, la puerta que daba al siguiente salón se abrió apenas con un delicado empujón de Allessandra. La sala que apareció no era un salón, sino un largo corredor, sumido en la oscuridad que unas débiles luces sólo conseguían acentuar. Scott pudo oír entonces la letanía. El coro de lamentos, gemidos y apagados gritos que provenían de las paredes. Y ensamblándolos, el entrechocar de cadenas y grilletes, el restallar de látigos y los golpes sordos de palas de madera. Hombres y mujeres vestidos como verdugos golpeaban a otros, víctimas voluntarias que se retorcían de dolor de y de gozo con cada golpe, con cada queda imprecación de sus torturadores. El segundo de los placeres, el sometimiento y el dolor, el sadismo y la humillación. Scott no dijo nada, estaba aterrado incluso para pensar algo coherente, deseaba salir de aquel santuario a la mortificación de la carne de manera primaria, instintiva, como un animal huye aterrado ante el inminente temblor sísmico.

Allessandra no dijo nada, sonreía y miraba aprobadora las evoluciones de sus invitados. Algunos se volvían y cabeceaban en señal de saludo y respeto. Otros estaban demasiado entregados a sus mortificaciones y martirios para darse cuenta de su presencia. Y finalmente llegó a la tercera puerta, donde se encontraba Jamie, según le dijo Allessandra. La puerta se abrió antes de ser tocada. Un ser enorme la había abierto. Llevaba una capucha que le tapaba toda la cabeza, sólo había dos orificios para los ojos. Scott se preguntó como podría respirar. Su cuerpo era una montaña de músculos enfundada en cuero negro, misteriosas púas sobresalían, atravesando el tejido, de diversas partes de su cuerpo.

- Nuestro portero, nuestro particular cancerbero, ¿no es así Lothar?

Su tono era comedido, pero algo jocoso. La montaña de carne emitió unos ruidos parecidos a risas, o quizá palabras que corroboraban las de la mujer. Scott, tenía una gran ansiedad, imposible de demostrar pues era incapaz de toda expresividad, lo que lo hacía aún más frustrante.

- Tranquilo jovencito, pronto verás a tu amigo, está aquí... Divirtiéndose con mis amigos.

Entraron precedidos por el gigante Lothar. Éste se apartó y les dejó vía libre. Y entonces Scott pudo observar la verdadera pesadilla. Si lo anterior había sido terrible, esto lo superaba con creces. Le temblaron las rodillas, quizá su debilidad fuese demasiada y cayese al suelo, con un poco de suerte, inconsciente.

-¡Scott! Vamos, no tienes otra forma de salir que avanzar hasta el final.

Su voz sonó autoritaria, firme, pero seguía deleitándole, quizá de forma más intensa. Caminó sin querer ver, pero no podía cerrar los ojos, su debilidad se lo impedía. Vio los mayores horrores, cometidos por los seres más aterradores que jamás hubiera imaginado. Sus cuerpos eran vagamente humanos, al igual que sus rostros, pero se hallaban deformados, o quizá sería mejor decir modificados, hasta ser poseedores de una perturbadora imagen, de morbosa belleza y repulsión. Perforaciones, disecciones parciales, mortificaciones con cables de espino... Y "modificaciones". Seres moldeando rostros hasta

(Sin título) de José Fernando hacerlos parecer una caricatura de sí mismos, huesos que sobresalían como púas... Y orgías de sangre, cuerpos sangrantes por pequeñas punciones con cánulas insertadas... Y esos monstruos bebiéndosela... El tercer placer, el placer de la sangre y la muerte, de la tortura extrema y la perversidad absoluta. Y Jamie se encontraba allí. Entonces le vio. Tumbado en una mesa, con la espalda reclinada y dos de esos monstruos serpenteando sobre su cuerpo. Cuando llegaron Scott y Alessandra ante ellos, se incorporaron y Scott pudo verlos. Sus cráneos recordaban a una pirámide invertida, sus rostros triangulares, con ojos azul hielo y pequeñas bocas con colmillos perversos. Sus cuerpos eran andróginos, con unos pechos insinuados, pero sin pezones ni sexo. Eran delgados y de largas extremidades. Sus manos eran alargadas y afiladas como garras. Además, a diferencia del resto de su cuerpo de alabastro, las garras eran de un tono rojizo, como la sangre. Y Jamie abrió los ojos. Estaba completamente desnudo y en distintas partes de su cuerpo le habían causado heridas que habían cauterizado, dejando las venas y arterias al descubierto. La piel de su rostro estaba muy blanca, pálida. Sus labios habían perdido el color y empezaba a tomar un tono azulado. Los dos seres volvieron a agacharse, uno sobre su entrepierna, el otro sobre su pecho. El chico suspiró, sin fuerzas para expresar el éxtasis que sentía.

- Es una lástima, Jamie es bueno, muy bueno. Y eso mismo me dijo Flavio, el barman de arriba. Pero cuando me dijo que tú eras su amigo, Walsh Junior, entonces sí que tuve gran interés. Por eso Flavio le convenció sutilmente para que te trajera hasta aquí. Porque tú, muchachito eres el que me interesa, el hijo de uno de los altos ejecutivos mortales de Investate Co. Nos vas a ser de mucha ayuda...

Scott quería gritar, estaban haciéndole eso a Jamie por él, iban a matarle por su culpa... Jamie le miró fijamente, saliendo de su delirio un instante. Sus ojos estaban casi opacos. El brillo disminuía, su vida estaba a punto de acabar. En un esfuerzo increíble extendió un brazo hacia Scott, parecía invitarle a que probase el mortal éxtasis que estaba experimentando. El pábilo de sus ojos se apagó cuando uno de los monstruos, de forma cruel,

mordió en la arteria carotida, salpicando su rostro y el de Jamie. Una lágrima rodó por la mejilla del paralizado Scott.

- No te entristezcas Scott, murió en el mayor de los placeres, y lo decidió voluntariamente hasta el final. Cuando acabemos contigo, sabrás lo que es sacrificar todo a cambio del agónico placer que te ofrezco.

Alexx secó con sus dedos la lágrima de Scott, repasando varias veces sobre la mejilla. Cuando retiró los dedos una pequeña imperfección, una cicatriz, había desaparecido del rostro de Scott.

José Fernando